



# Economía, ideología y política en América Latina (Parte I)

---

Dr. Alberto Prieto Rozos \*

---

*Este artículo sobre la América Latina independiente, aborda las incidencias de las diversas concepciones ideológicas esgrimidas para alterar las condiciones económicas que han existido en el sub-continente, mediante prácticas políticas concretas. Esas valiosas experiencias, transmitidas de una generación a otra, conformaron las inmarcesibles tradiciones de lucha que finalmente desembocaron en la triunfante Revolución Cubana.*

---

EL CONOCIMIENTO de lo pretérito es vital para las personas, porque responde a la necesidad humana de comprender conceptualmente el presente, a partir de una explicación de lo sucedido en el pasado.

Su estudio debe ser razonado, porque los hechos en su importancia y cronología no se estructuran espontáneamente, así como tampoco se relacionan los elementos generales, particulares y singulares. La vinculación entre todo lo acontecido se realiza al aplicarse la lógica como reflejo de la realidad. Pero siempre desde un punto de vista dado, ya que se piensa según se vive y no al revés. Por ello los razonamientos pueden ser diversos, pues cada individuo tiene sus especificidades innatas, además de encontrarse sometido a la influencia

---

\* Profesora titular de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

del medio social. Y toda diferencia territorial, económica, política o social implica existencias distintas, las cuales luego se expresan en características psicológicas nacionales, regionales, de clase o grupos, que revelan las formas de vida y pensamiento de cada cual. Por eso la explicación de lo ocurrido se realiza mediante interpretaciones que dejan saber la concepción del mundo o ideología que se posee así como los intereses que se defienden. Se producen entonces debates entre tendencias, escuelas y criterios, que a la postre aglutinan a las gentes por medio de una intensa lucha de ideas en dos campos diferenciados: el de las élites privilegiadas y el de las grandes mayorías.

Diversas concepciones han sido esgrimidas para interpretar la realidad y transformar la sociedad, pero en América Latina, las principales corrientes ideológicas incluido el cristianismo han provenido de Europa, engendradas allá en etapas de desarrollo más avanzadas y equilibradas que las de América Latina; hemos tenido —y seguimos teniendo— menos avances en la producción material. Contábamos —y aún contamos— con una heterogeneidad socioeconómica notable, muchas veces solo recubierta por la aparente homogeneidad del manto estatal. Ello es cierto desde la conquista, pues el control de España en América significó, bajo la misma capa super-estructural por doquier, una base económica y social extremadamente diversa; en tres siglos de colonización no se podían eliminar diferencias centenarias entre las regiones del pacífico y el atlántico, pertenecientes hoy a Latinoamérica

Es sabido que la metrópoli española heredó en la parte occidental del subcontinente, economías bien estructuradas, con formas complejas de agrupación social y Estados muy elaborados. Mientras, del lado oriental las etnias tenían formas de subsistencia muy precarias, con solo una incipiente organización social y sin institución estatal alguna. Por eso resultaba difícil para los conquistadores explotarlas con beneficios; dichos indígenas nada poseían que se les pudiese arrebatar, eran rebeldes, carecían de disciplina laboral y tenían escasos conocimientos técnicos. Esto condujo a que fuesen eliminados, para más tarde sustituirlos por fuerza de trabajo africana.

En los despoblados territorios del oriente americano desde el siglo XVI se desarrolló la práctica de invertir capitales en tierras, sobre todo mediante la compra de realengos en subastas con el propósito de establecer plantaciones. Después más dinero tenía que ser empleado en comprar esclavos y maquinarias, para poner los referidos latifundios en producción. La especificidad

del sistema empleado en esa parte del sub-continente fue ya notada en el siglo XVIII por Adam Smith, quien planteó:

“Los plantadores son también por regla general, agricultores y terratenientes, por lo cual la renta se confunde con la ganancia”.<sup>1</sup>

En contraste con lo sucedido en la vertiente atlántica de América, las sociedades autóctonas que habían llegado a desarrollar algún tipo de Estado —ciudadino, confederal, imperial— fueron metamorfoseadas con relativa facilidad; el poder político preexistente había ya impuesto una autoridad que diferenciara socialmente a sus integrantes y los disciplinara. Los conquistadores revalidaron a la antigua aristocracia y a sus jerarquías, transformaron sus formas de propiedad, que en lo adelante heredarían según el precepto feudal castellano del mayorazgo. En esa parte occidental del sub-continente los europeos se fundieron con las élites explotadoras indígenas, y formaron un grupo de poderosos terratenientes laicos cuya descendencia devino en criollos. Además de ellos la Iglesia emergió como una institución muy favorecida por la conquista; era la rectora de la ideología oficial (el catolicismo) respaldada por la Inquisición, cobraba el diezmo y a partir de esos ingresos se convirtió en notable fuente de crédito. Así mismo recibió considerables asignaciones de terrenos para misiones, conventos y tierras de subsistencia. Todo protegido por la legislación de las Manos Muertas, que dejaba para siempre estáticos dichos bienes de colectividad. Dentro de esa misma concepción jurídica inmovilizadora se encontraban los resguardos, los cuales establecían la inalienabilidad de las tradicionales tierras colectivamente utilizadas por las comunidades campesinas aborígenes que no hubieran sido distribuidas gratuitamente en mercedes a la institución eclesiástica o a los terratenientes civiles, cuyos ingresos en ambos casos era el de la renta de los suelos obtenido mediante la fuerza de trabajo encomendada.

En Hispanoamérica, por lo tanto, la dominación colonial del Estado feudal-eclesiástico-absolutista, solo ofrecía una aparente homogeneidad en el ámbito de la superestructura; mientras hacia el Pacífico prevalecía la autarquía económica sostenida por el trabajo de los nativos enfeudados, hacia el Atlántico se desarrollaban las exportaciones engendradas por las plantaciones que producían con africanos esclavizados.

Una vez señalada esa heterogeneidad, se comprende que al emprenderse la transformación de las sociedades mencionadas, aunque en todas partes se esgrimiera la misma ideología los procesos de cambio tenían que ser diferentes; cada cual debía adecuar su concepción del mundo a las características socioeconómicas y a las tradiciones que existieran donde se encontrara. Por empeñado que fuese cualquiera en romper con el pasado, siempre encontraba un límite en los nexos de continuidad —objetivos o subjetivos— que en su ámbito sobreviviesen. Tenían que emplear con gran tacto las relaciones entre las clases, los grupos sociales e incluso los individuos. Debían desarrollar el arte de lo posible al máximo.

A partir de los principios, leyes y axiomas esenciales de una concepción ideológica, y teniendo muy en cuenta a quien se deseara beneficiar, los que han pretendido moldear una sociedad nueva a partir de la antigua, han tenido que realizar evaluaciones de las exigencias fundamentales de las clases y grupos sociales existentes en el territorio de su incumbencia, para diseñar entendimientos según el precepto de satisfacer la principal demanda de cada agrupación y sacrificar las otras, de aquellos interesados en transitar hacia un sistema que se aviniese mejor a sus intereses.

Desde la conquista, además, los hegemónicos siempre han contado en nuestros territorios con el apoyo de influyentes fuerzas provenientes del exterior. Y emanciparse de ese poderío foráneo aliado de las elites dominantes, ha requerido que se conciban políticas de amplias y creadoras alianzas. Por eso el paradigma ha sido, defender los reclamos básicos de la mayoría al reivindicar los derechos generales de la sociedad; solo han sido excluidos los privilegiados de adentro y sus socios externos. Sin embargo realizar semejante tarea no solo implica una profunda comprensión de las características socioeconómicas de la población, sino también haber calado en sus rasgos psicológicos, los cuales se expresan en una cultura; es conocido que esta expresa la subjetividad de los valores humanos propios, íntimamente relacionados con los acontecimientos históricos. Estos se proyectan mediante las tradiciones y ellas recuerdan lo que en su momento se debía hacer. Y si hecho está, dicen quien lo hizo. Las tradiciones sostienen los anhelos de las etnias, nacionalidades, clases y grupos sociales; expresan lo deseable de un cambio y siempre lo preceden, como anticipo del hecho mismo.

Cuando se llega al criterio de que, para implementar una transformación exitosa se deben conocer bien las peculiaridades del desarrollo material y espiritual de una sociedad determinada, se comprende la magnitud del reto existente para metamorfosearla. Por eso se requiere una dirigencia capaz, decidida y firme susceptible de conformar la vanguardia nacional-liberadora, que por medio de una política acertada adecue su ideología a la realidad concreta, sin abandonar los preceptos básicos e insoslayables que sostienen su visión del mundo. Entonces se podrá tomar el poder y avanzar hacia una sociedad superior mediante la revolución.

### **Tendencias emancipadoras**

El movimiento de liberación independentista manifestó sus primeros síntomas en las convulsiones de finales del siglo XVIII. Entonces la sublevación de los comuneros en Nueva Granada, la insurrección de los indígenas encabezados por Tupac Amaru II en el Perú y la rebelión de los esclavos en Haití, hicieron saber que el mundo colonial terminaba. Pero en dichos movimientos sociales faltaba algo imprescindible; sus protagonistas, y más aún sus dirigentes carecían de una concepción ideológica susceptible de indicarles el rumbo a seguir para cambiar la sociedad y hacerla mejor. Entonces esta era, en América Latina, feudal-eclesiástico-absolutista, lo cual significaba que inmediatamente detrás de la Corona con sus estancos —como el del tabaco— sus impuestos o “quintos” y realengos, venía la Iglesia Católica. Esta institución religiosa fungía como censora ideológica mediante la Inquisición, ejercía las funciones enregistradoras —nacimientos, matrimonios, defunciones— disfrutaba la exclusividad de otorgar préstamos en dinero, era dueña en ciudades o campos de todos los cementerios y hospitales o escuelas que hubiese, poseía también innumerables bienes inmuebles urbanos —que alquilaba— así como la tercera parte de las tierras, cultivadas por la fuerza servil heredada de las encomiendas. El colonialismo feudal se caracterizó asimismo por: gremios que reglamentaban estrictamente las producciones artesanas; los llamados “puertos secos”, que en realidad eran aduanas internas; el monopolio comercial del comercio exterior, pues todo debía negociarse con la metrópoli salvo raras excepciones explícitamente autorizadas; vastas comunidades agrícolas indígenas —ocupaban otro tercio de las tierras— encuadradas bajo el régimen

de “resguardos”; la esclavitud de los africanos, importados contra su voluntad como una valiosa mercancía “fuerza de trabajo”, mediante La Trata.

Destruir este sistema implicaba, que existían intereses sociales y económicos anhelantes de vivir de otro modo. Pero cada uno soñaba exclusivamente con lo propio. Sucedió así, por ejemplo, en el ámbito de los negocios, que empezó a aglutinarse en las Sociedades Económicas de Amigos del País, movidas por el racionalismo seco y árido de la Ilustración, lo cual hizo que pronto buena parte de sus adeptos se volcara hacia el liberalismo animado desde Europa por la ascendente burguesía, cuya expresión suprema entonces alcanzó su paradigma francés en la Revolución.

Francisco de Miranda, revolucionario de connotación mundial por haberse destacado ya durante la guerra de independencia de los Estados Unidos y en Francia haber sido Mariscal de Campo en la era girondina, fundó en 1800 la Gran Reunión Americana, con filiales en París, Madrid y Cádiz. Dicha organización se dedicó a librar una decisiva batalla ideológica, pues concebía a la América Latina unida e independiente, como un grandioso resurgimiento del Tahuantinsuyo, cuya capital debería estar en Panamá; decía que la Confederación se denominaría Colombia y abarcaría todos los territorios, desde México hasta el Cabo de Hornos, incluyendo a Cuba. En su opinión, el Estado republicano debería plasmar la simbiosis de los aspectos modernos con la tradición; el ejecutivo contaría con dos cónsules, llamados Incas, acompañados de un poder legislativo electo que tendría dos cámaras. En esta concepción de nuestra América se forjaron hombres como Bolívar, O’Higgins, San Martín. Todos, sin embargo, en muy poco tiempo comprendieron que para alcanzar la independencia tendrían que pactar; debían movilizar fuerzas de los más variados componentes sociales, y cada una de estos solo concebía el futuro acorde con la visión o deseos de su agrupación de origen.

Los comerciantes portuarios, por ejemplo, insistían en mantener el carácter monopolista de sus puertos pero con libertad de comercio, y pensaban que una monarquía constitucional y centralista —heredera de sus privilegios coloniales— con voto censatario, se avenía mejor a sus intereses para que poco o nada más cambiase. En el extremo opuesto se encontraba la pequeña burguesía adepta a las ideas de Rousseau, fuese artesana o finquera y chacrera, así como intelectuales, profesionales, militares, curas, que atacaban la gran propiedad, reconocían al pueblo el derecho soberano y reclamaban un sistema

democrático con educación laica y gratuita generalizada; eran republicanos y centralistas para que se realizarán homogéneas y profundas transformaciones revolucionarias, tales como sufragio masculino universal, abolición de la esclavitud, distribuir en pequeñas parcelas los realengos y las tierras expropiadas, controlar o nacionalizar el comercio exterior, realizar levas masivas, crear talleres estatales, practicar el dirigismo en la economía, gravar con altos impuestos a los ricos, afectar los bienes de la Iglesia. Se alejaban, sin embargo, de los criterios jacobinos en lo concerniente a las tierras de las comunidades agrícolas indígenas, pues defendían el valor social de las referidas propiedades colectivas, pero depuradas de la autoridad hereditaria y privilegios feudales de sus tradicionales caciques.

### **Proteccionismo y librecambio**

Entre los dos grupos políticos extremos se encontraba la burguesía esclavista agro-exportadora, que había abrazado criterios liberales y defendía postulados republicanos cuyos tres poderes girarían alrededor de la figura presidencial elegida mediante el voto censatario; este sector reclamaba la abolición del diezmo, de las manos muertas, y de los mayorazgos, así como exigía la libertad de prensa y una amplia libertad de comercio. En cambio esa tendencia era enemiga de la fiscalización gubernamental en la economía, y partidaria de subastar las tierras realengas y la de los emigrados o contrarrevolucionarios, e incluso deseaba también hacerlo con las de las comunidades agrícolas aborígenes. Aunque deseaba prohibir las distintas manifestaciones de la servidumbre campesina por constituir un vínculo feudal, se negaba a abolir la esclavitud de los negros por ser esta una emanación de la burguesía. Además, enarbolaba el federalismo para permitir que los fabricantes locales protegieran la autoctonía de sus mercancías, sobre todo frente a la preeminencia de los puertos monopolistas que inundaban los territorios con manufacturas importadas. Así, mientras unos liberales —en especial los productores de manufacturas— abrazaban el proteccionismo, otros —casi siempre comerciantes portuarios— hacían suyo el librecambio.

Francisco de Miranda fue el primero en comprender que para alterar la correlación de fuerzas a favor del independentismo, tenía que establecer alianzas capaces de garantizar a cada grupo su exigencia básica a cambio de sacrificar

las secundarias, para avanzar hacia un objetivo común y permitir a todos alcanzar un mundo mejor. Por ello comenzó a adecuar la teoría liberal europea a las realidades latinoamericanas, al emancipar a los esclavos para que se incorporasen a la guerra. Después otros oriundos de esa tendencia aceptaron ejercer el dirigismo en la economía, fuese con altos impuestos a los pudientes o creando talleres estatales para el ejército. Algunos hasta se acercaron al sufragio masculino universal. Pocos, sin embargo, se aventuraron a entregar la tierra arrebatada al enemigo o la de las colectividades agrícolas indígenas, según criterios ajenos a la subasta y proclives a multiplicar la pequeña propiedad. Simón Bolívar intentó que sus empeños por conciliar los intereses básicos de los plantadores con los de los humildes y explotados, fuesen plasmados en una constitución democrática que soslayara tanto la anarquía como la tiranía, y a la vez se basara en la igualdad y la libertad; en su texto de 1825 abolió la esclavitud así como la aparcería y servidumbres feudales, y pretendió garantizar la pequeña propiedad campesina indígena; en esa misma Carta Fundamental el sufragio carecía de exigencias de riquezas, y se proclamaba al gobierno como representativo de la soberanía que emanaba del pueblo. Y en una época en que no existían estructurados aún los partidos políticos, ideó un cuarto poder al que llamó Electoral o Moral, el cual debía hacer proposiciones, recibir quejas, velar por la conducta de los funcionarios, interceder en los conflictos entre instituciones. Bolívar, por último, convocó a un Congreso en Panamá para que formase una Confederación entre las repúblicas latinoamericanas. Pero antes de que el tratado firmado en 1826 por los plenipotenciarios entrara en efecto, los conservadores se fueron adueñando de los gobiernos en la región. De esa manera, aunque todas las independencias se consolidaron, muchas revoluciones quedaron por triunfar.

No fue así en el caso de Paraguay, donde los afiliados a los criterios jacobinos encabezados por Gaspar Rodríguez de Francia tomaron el poder, expropiaron las plantaciones de la burguesía agropecuaria exportadora —que en gran medida había emigrado— y salvo una parte entregada en lotes a sus antiguos peones, el resto se estructuró en las Estancias de la Patria, de posesión estatal. En ellas las carnes producidas se destinaban al abastecimiento del mercado interno, y los cueros iban a la exportación. Además, mediante una atinada política proteccionista se prohibió la competencia de artículos foráneos a las artesanías e incipientes manufacturas criollas, todo lo cual contribuyó de manera

notable a que surgiese un poderoso Estado Nacional. Se evidenciaba que en toda época histórica, además de lo típico, hay algo más.

En el Río de la Plata, la llamada Revolución de Mayo —1810— estableció en Buenos Aires una Junta animada por el jacobino Mariano Moreno, que deseaba confiscar los bienes de los enemigos de la independencia, estatizar los yacimientos mineros, realizar una reforma agraria, establecer el proteccionismo. Pero su tendencia fue puesta en minoría al ampliarse el gobierno, tras lo cual se forjó una alianza elitista entre liberales moderados y conservadores, que representaban a ganaderos y comerciantes porteños monopolistas, defensores ambos de un poder centralizado. Mientras, desde la banda oriental del río Uruguay hasta la región de Entre Ríos actuaba José Gervasio Artigas, que propugnaba la división de poderes del Estado las libertades civil y religiosa así como de pensamiento, además de la igualdad entre las provincias en una republicana Liga Federal que repartiese las tierras baldías y los dominios rurales de los contrarrevolucionarios, a: los criollos pobres, los negros libres y los zambos.

Aún después de ser oficialmente proclamada en 1816 la independencia del Río de la Plata, el enfrentamiento de las dos concepciones políticas opuestas —federalistas y centralistas— continuó; por ejemplo, en las provincias del interior argentino, muy desvinculadas económicamente de los demás territorios del área, los fabricantes locales deseaban protegerse de las mercancías europeas importadas por Buenos Aires, y a veces por el Litoral cuando gozó de la libertad de comercio. Pero el Interior mestizo no era independiente y vivía en eterna duda acerca de con quién aliarse, por lo cual simpatizaba con un federalismo que le brindara cierta autonomía frente a las tendencias centralistas que allá se denominaban “unitarias”, y las cuales eran abanderadas del racismo y del libre comercio. Estas enormes diferencias políticas dentro de la misma ideología liberal tenían su expresión intelectual en el enfrentamiento de Juan Bautista Alberdi con Domingo Faustino Sarmiento, ambos fruto de la llamada generación del 37. Aquel se adhería a las tradiciones criollas, se vinculaba con las masas populares, simpatizaba con los gauchos y admiraba a José Gervasio Artigas. En cambio Sarmiento servía a los aristocratizantes unitarios, rechazaba el sufragio masculino universal y enarbolaba criterios de perfección étnica susceptibles de ser alcanzados —decía— mediante la llegada de inmigrantes del Norte europeo que ayudaran a erradicar del país a los gauchos. El triunfo de Buenos Aires en la batalla de Pavón (1861) gracias al respaldo de Inglaterra,

señaló el fin jurídico del proteccionismo del interior, que entonces no tuvo otro recurso que nuclearse alrededor de la figura de Angel Vicente Peñalosa “El Chacho”.

Derrotada la resistencia de sus montoneras en 1863, a los dos años le llegó el turno al Paraguay. Carlos Antonio López, nuevo presidente paraguayo representaba también como nadie en ese país las proyecciones de la incipiente burguesía nacional, grupo social que tenía dicha característica porque producía para el mercado interno, sin estar asociada con capitales foráneos. Sus integrantes se alejaron de los estratos humildes, concentraron en sus manos el poder político, y se dejaron seducir por el liberalismo, debido a lo cual disolvieron las veintiún grandes comunidades agrícolas guaraníes existentes. Una parte de los terrenos fue arrendada en parcelas a muchos de sus antiguos cultivadores, mientras con el resto se crearon nuevas Estancias de la Patria —llegaron entonces a 64— en cuyos pastos comían cientos de miles de cabezas de ganado. El capitalismo de Estado paraguayo también acometió la construcción de una impresionante marina mercante; se llegaron a fabricar once buques de acero provistos de caldera a vapor, cuyos insumos se forjaban por doscientos obreros en la fundición de Ibicuy. Mientras, en el arsenal de la capital se fundían cañones de hasta doce pulgadas, armas ligeras, proyectiles, implementos agrícolas y otros artículos más. Algo después, dicha fábrica empezó a proveer los recursos necesarios para construir el primer ferrocarril de trocha ancha del Río de la Plata. Se evidenciaba de esta manera, que el proteccionismo constituía un recurso fundamental mediante el cual capitalizar los medios de producción y de vida del país, y así abreviar el tránsito a un moderno sistema productivo.

En Brasil, las circunstanciales dificultades experimentadas por el fisco llevaron al gobierno liberal dominado por los plantadores azucareros, a emitir en 1844 una tarifa proteccionista. Entonces, a pesar del impacto negativo de la esclavitud —que restringía la demanda solvente— se incrementó el desarrollo industrial. Desde ese momento, por ejemplo, el taller de fundición de Nitheroy (Río de Janeiro) aumentó mucho sus volúmenes productivos. A los dos años la fábrica agrupaba a trescientos obreros y en una semana elaboraba ciento cincuenta grandes tubos de hierro para las obras públicas. Un poco después dicho establecimiento contaba con unos mil trabajadores; era la instalación fabril más grande del Imperio y producía múltiples rubros, hasta buques mercantes y de guerra, fuesen de vela o vapor, capaces de superar las doce millas

náuticas por hora. En once años construyó 72 navíos, desde cañoneras hasta barcos para largas travesías marítimas. Luego empezó la fabricación de piezas para ingenios azucareros, calderas para máquinas de vapor.

Pero el control del Estado se encontraba en manos de los esclavistas, no interesados principalmente en el mercado interior; de ese grupo de explotadores solo los dueños de saladeros eran proteccionistas, para evitar la concurrencia dentro de su país del rival tasajo río platense, producido más barato porque empleaba fuerza de trabajo asalariada. Y en 1860 el gobierno dio un giro librecambista, para preferenciar de nuevo al sector agro-exportador que requería grandes capitales con los cuales comprar más esclavos y tierras para sus cultivos en expansión, lo cual señaló la decadencia del proceso industrializador.

## **La Reforma Liberal**

En México, culminada la etapa de la independencia, el ciclo revolucionario burgués se adentró en la denominada era de la Reforma Liberal, cuyo primer gran paso se dio al crearse la fuerza dirigente susceptible de transformar la sociedad. Este avance tuvo lugar con el Partido Popular, conformado por Valentín Gómez Farias durante la breve presidencia de Vicente Guerrero. Pronto hacia la novedosa organización política se volcaron muchos de los antiguos pertenecientes a las logias liberales, que abrazaron con fuerte convicción una aglutinadora estructura moderna y superior, mediante la cual se pretendían eliminar las sobrevivientes formas feudales de propiedad y consecuentes relaciones de producción. Así, a partir de 1833 el partido de Gómez Farias —redenominado Liberal— se empeñó en: reducir los privilegios del clero, limitar la creación de nuevos conventos, suspender la coacción civil para el cumplimiento de los votos monásticos, transferir los inmuebles de la Iglesia a sus inquilinos mediante moderados pagos a plazos, entregar a las autoridades estatales todos los predios que hubiesen pertenecido a la orden de los jesuitas, abolir el pago del diezmo, combatir las primicias de la Iglesia sobre la usura, secularizar los bienes de las misiones religiosas, encargar al Estado de la educación laica y gratuita, eliminar los mayorazgos, confiscar las heredades de Hernán Cortés, vender por el gobierno los bienes eclesiásticos acogidos a las Manos Muertas. Pero al no lograr los liberales depurar las fuerzas armadas conservadoras, estas no solo detuvieron la transformación de la sociedad, sino que la hicieron retroceder.

Después de la agresión de 1846 a 1848 que Estados Unidos lanzó contra México, la conducción del Partido Liberal —con el programa del llamado Plan de Ayutla— pasó a manos de la corriente llamada “pura”, auspiciada por la pequeña burguesía que anhelaba multiplicar las propiedades; en ella, junto a Benito Juárez se encontraban Melchor Ocampo y Ponciano Arriaga e Ignacio Ramírez, estos dos últimos defensores de un “liberalismo social” que exigía la participación de los asalariados en las ganancias de las empresas, y representaba una mezcla de preceptos liberales con el Proudhonismo. Luego de ocupar el poder tras una victoriosa insurrección, este avanzado grupo revolucionario suprimió los fueros eclesiástico y militar, decretó la desamortización de los bienes del clero y de las comunidades agrícolas indígenas —ambas colectividades debían vender sus propiedades para que fuesen introducidas en la circulación mercantil— liquidó las aduanas internas, prohibió los viejos gremios de artesanos, abolió los privilegios y títulos nobiliarios, suprimió todos los monopolios y estancos. Se estableció así, por doquier, la propiedad exclusivamente privada. Más tarde, durante la guerra civil de tres años, Juárez radicalizó la Reforma o revolución al nacionalizar sin indemnización los bienes del clero, separar la Iglesia del Estado, excluir a monjas y frailes, extinguir las corporaciones eclesiásticas, transformar el matrimonio en acto contractual reversible y laico, instituir al registro civil, secularizar cementerios y fiestas públicas, dictar la libertad de cultos.

De esa forma se eliminó la base material del poderío clerical en México, y se estableció la soberanía estatal en todo lo concerniente a la vida del país. Tras la victoria liberal, se laicizaron los hospitales, se convirtieron en escuelas trece conventos de la capital, y en otro se permitió que los asalariados fundaran el centro cultural Gran Familia Artística, transformado a los pocos meses en “Círculo Obrero” de los modernos gremios. Con esto Juárez traspasó los estrictos criterios liberales, y ratificó su muy democrática concepción del mundo cuando en mayo de 1872 autorizó el surgimiento de una Sección Mexicana de la “Asociación Internacional de Trabajadores”, creada en Europa ocho años atrás por Carlos Marx.

Muerto Juárez, su vicepresidente Sebastián Lerdo de Tejada se opuso a la penetración de capitales extranjeros y dictó avanzados reglamentos que multiplicaban la pequeña propiedad y entregaban los terrenos baldíos a los campesinos sin tierras. También autorizó que los obreros celebrasen su primer

congreso y editasen una publicación denominada *El Socialista*. Se llegó así al mismísimo final del ciclo revolucionario burgués, pues la sociedad no podía ya transformarse más, sin afectar, aunque fuese parcialmente, los fundamentos de esa clase social.

## Concepciones socialistas

En América Latina los empeños orientados al socialismo tuvieron sus primeras manifestaciones hacia mediados del siglo XIX. Entonces se comenzaron a estructurar las primeras organizaciones obreras con el objetivo de hacer frente a la opresión burguesa, pues no existía legislación laboral alguna. A la vez por esa época, y debido a la concurrencia de las manufacturas extranjeras que los comerciantes importaban, se multiplicaba la quiebra de los talleres artesanales, muchos de cuyos integrantes se fundían con el naciente movimiento proletario. Fue así en Colombia, donde el artesanado —propietarios y asalariados— formaron en Bogotá la llamada Sociedad Democrática, que en breve extendió sus funciones a las actividades políticas y militares, luego de romper en 1851 sus vínculos con el liberalismo y la burguesía. La lucha de clases entonces se incrementó, y la vanguardia de los trabajadores y de los arruinados artesanos llegó a esgrimir el programa del socialismo utópico concebido por Carlos Fourier y Saint Simón. Después empezaron los choques callejeros lo cual dividió a las fuerzas armadas, cuyo sector progresista hizo suya la consigna de los humildes que decía “Pan y trabajo o muerte”. Pero fuera del Altiplano, donde tenía fuerza, la tendencia democrática no obtuvo gran respaldo por lo cual asumió tácticas inmovilistas, pues sus simpatizantes temían alejarse de los sitios donde se encontraba la base de sustentación del movimiento popular. Esto facilitó a principios de 1855 la contraofensiva oligárquica —ayudada por Estados Unidos— que no pudo ser detenida a pesar del heroísmo de hombres como el herrero Miguel León y de Agustín Toro, tras lo cual a los sobrevivientes se les deportó.

En otras partes de América Latina los asalariados crearon sociedades de socorro mutuo, destinadas a constituir cajas o fondos para accidentes, enfermedades, despidos, y ayuda a las familias de los trabajadores incapacitados o muertos. En breve, sin embargo, la experiencia enseñó que la simple solidaridad no bastaba y se tomó conciencia de lo imperioso de organizar gremios de nuevo tipo o sindicatos, a fin de dirigir la lucha contra los patrones por medio

de huelgas y protestas. Algunos, sin embargo, preferían la acción directa, casi terrorista, enfilada a lograr la desaparición inmediata del mundo burgués, aunque sin saber a ciencia cierta cuál sociedad lo sustituiría: eran los anarquistas. Luego ambas corrientes se fusionaron para crear el anarcosindicalismo, el cual llegó a predominar en el movimiento obrero latinoamericano cuyos miembros organizaban las llamadas Federaciones Regionales, para evitar el término “nacional”. Dicho concepto —decían— es un invento de la burguesía, igual que los partidos y la política, todo engendrado por los explotadores para desviar a los proletarios de su lucha directa; los obreros no tienen patria, aseveraban. Salvedades dentro de esa convicción fueron escasas. Tal vez el apoyo de los asalariados chilenos a la política progresista de Balmaceda que les beneficiaba, o el respaldo de los trabajadores cubanos a la independencia impulsada por Martí; como se sabe, los Batallones Rojos Mexicanos, también una excepción, se equivocaron de bando al no proyectarse hacia una alianza con los campesinos, para juntos ocupar el poder. Lo hicieron al revés.

La gran Revolución de Octubre estremeció a la clase obrera en América Latina y a su movimiento anarcosindicalista, así como a los pocos adeptos que al socialismo había en la región. Pronto muchos manifestaron su solidaridad con los bolcheviques —que realizaban la alianza obrero-campesina— y radicalizaron sus propias concepciones, pues comprendieron la posibilidad concreta de alcanzar un mundo mejor. Incluso, algunos se decidieron a imitar de inmediato la lejana experiencia rusa. Por ejemplo en Brasil, donde existía cierta efervescencia laboral, la tendencia conocida como “anarco-bolchevique” —dentro de la que se encontraba Astrojildo Pereira— se sublevó en Río de Janeiro durante el mes de noviembre de 1918. Pero fueron derrotados sin mayor dificultad. Entonces hubo quienes comprendieron, que resultaba imprescindible estudiar marxismo y estructurar un partido capaz de tomar el poder, para luego transformar la sociedad. Los que así pensaban comenzaron a denominarse “comunistas” y a considerar la Tercera Internacional cómo la escuela ideal para aprender cómo se hacía la revolución. Sin embargo, ingresar en dicha organización mundial requería cumplir normas, principios, y acatar una disciplina regida desde Moscú. No obstante la Internacional Comunista hacía gala de flexibilidad, lo cual permitió que en 1927 al final de la epopeya de la Columna Invicta, Astrojildo fuese hacia las “tenentistas” para exponerles su verdad, y hasta convenció a Prestes quien a la Unión Soviética marchó.

Sucedió lo mismo con Farabundo Martí, que poco después fue a Nicaragua a luchar junto a Sandino. Y allí permaneció hasta que el Sexto Congreso de la Tercera Internacional realizara un brusco giro, al establecer nuevas y diferentes directivas para la lucha de sus militantes; estos, en lo adelante, debían desarrollar la táctica de “clase contra clase”, “proletarizar” las dirigencias partidistas, “bolchevizar” sus organizaciones políticas, y realizar la toma del poder mediante la formación de “soviets” de obreros, soldados y campesinos. No podía Sandino aceptar esos criterios, por lo cual Farabundo regresó a El Salvador. Allí, disciplinado, también tuvo que rechazar aliarse con un circunstancial gobierno reformista, lo cual facilitó el derrocamiento de este por un golpe militar. Eso decidió a los comunistas a marchar en 1932 a la insurrección, durante la cual constituyeron múltiples “soviets”. Hasta que, aislados, los masacraron. También en Chile la división entre revolucionarios —por ser adeptos o no a los “soviets”— ayudó a la derrota de la llamada República Socialista. Y algo parecido sucedió en Cuba durante la “Revolución del 33”.

El cúmulo de reveses convenció a los comunistas latinoamericanos de que otro rumbo se imponía, lo cual decidieron en Montevideo durante su Segundo Congreso —celebrado en 1934— se concluyó entonces que en América Latina la revolución socialista se hallaba precedida e íntimamente vinculada a la lucha de liberación nacional. Por ello se acordó esforzarse en el futuro por estructurar amplios frentes populares antimperialistas, destinados a combatir la opresión extranjera y lograr reivindicaciones antif feudales y democráticas. No se trataba ya, por lo tanto, de lanzarse a la inmediata toma del poder —fuese mediante la lucha armada o la vía electoral— sino de respaldar a las respectivas burguesías nacionales en la consecución de esos hitos; solo después de culminadas dichas transformaciones debería pensarse en un proceso de contenido socialista, que entonces la clase obrera sí encabezaría. Estas propuestas fueron aceptadas al año siguiente por el Séptimo Congreso de la Tercera Internacional en Moscú. A partir de ese momento los comunistas latinoamericanos con frecuencia metamorfosearon sus organizaciones, que transformadas en Partidos Socialistas, Vanguardias Populares u otras denominaciones, llegaron a formar parte de los gobiernos en Cuba, Costa Rica y Chile, desde los cuales conquistaron importantes avances y reivindicaciones para los trabajadores. Pero sin pretender ya hacer la revolución.

## La burguesía nacional

En América Latina, fue en el Paraguay donde la burguesía nacional primero se constituyó y disfrutó del poder; había aprovechado bien el desarrollo independiente y el proteccionismo para volcarse hacia el mercado interno, aunque este satisficiera sus necesidades más complejas por medio del capitalismo de Estado. Además, carente de una rival oligarquía agropecuaria exportadora dentro de sus fronteras, la burguesía nacional en la república nada tenía que temer. Pero en el exterior, los tres países vecinos —Argentina, Brasil, Uruguay— estaban dominados por comerciantes portuarios, ganaderos y plantadores que no toleraban al régimen paraguayo, y menos aún lo hacía Inglaterra que iniciaba sus proyecciones imperialistas. Por ello estalló una cruel guerra que cinco años duró, antes de permitir a los invasores ocupar en 1870 todo el Paraguay, en cuya defensa murió el 90 % de los hombres y las tres cuartas partes de su población.

En Chile, donde la incorporación de las salitreras arrebatadas a Bolivia y Perú durante la Guerra del Pacífico había ampliado considerablemente el mercado interno y la demanda solvente, la burguesía nacional hizo suyo el programa transformador enarbolado por el Partido Nacional, y con el cual en 1886 José Manuel Balmaceda ocupó la presidencia. Este pretendía desarrollar las obras públicas, aumentar los salarios, implantar el proteccionismo arancelario, nacionalizar el salitre y los ferrocarriles propiedad de los ingleses, establecer el capitalismo de Estado, apoyar los pequeños y medianos negocios, generalizar la instrucción pública, crear un Banco Nacional. Pero la burguesía minero-exportadora, auspiciada desde Londres, conspiraba y llegó a desatar una guerra civil en la que triunfó en 1891, con lo cual cortó el proceso de cambio en la sociedad.

En Uruguay, una coalición armada del Partido Colorado fue derrotada en Quebracho en 1886, a pesar de lo cual la gesta elevó el prestigio político de sus integrantes a tal punto, que en los comicios de fin del siglo un banquero ganó la presidencia para iniciar un período de reformas. Entonces surgió el Banco Central, se estatizó la empresa eléctrica propiedad de extranjeros y se establecieron algunos aranceles proteccionistas. Para el siguiente período presidencial triunfó en las elecciones el también “colorado” José Battle y Ordoñez, quien ocupó el cargo en 1903 con el propósito de realizar alguna reforma en el sistema latifundista de tenencia de la tierra, para así ampliar el mercado interno. Pero la insurrección de la gran burguesía ganadera, aunque fue derrotada,

lo convenció de abandonar dicho rumbo. Además, Battle comprendió que necesitaba mayores exportaciones agropecuarias para importar a cambio de más cantidad de medios de producción. Luego del cuatrenio presidencial de otro banquero, Battle retornó al ejecutivo para impulsar de nuevo su gran obra reformista, debido a lo cual constituyó el Banco de Seguros, estatizó el Banco Central y el Hipotecario, financió la industrialización del país, formó los institutos de Geología y Perforaciones así como el de Pesca, monopolizó para el Estado el cabotaje por las extensas costas del país, compró a los ingleses parte de los muelles del puerto de Montevideo así como diversos ramales ferroviarios, todo culminado por un gran cambio super-estructural al emitirse la Constitución de 1918. Esta ampliaba las atribuciones del Parlamento, daba a jornaleros y analfabetos el derecho al voto y lo hacía secreto, establecía la autonomía municipal y creaba un Consejo Nacional de Administración para dirigir la marcha del capitalismo de Estado. Ese era un recurso muy apropiado para cumplir el objetivo de fortalecer un industrialismo autóctono, pues reflejaba la simultánea pujanza y debilidad relativas de la burguesía nacional. Aquella, porque no se podía negar que dicho grupo social ponía al poder estatal a su servicio, esta, por la incapacidad de los industriales de abordar determinadas producciones, pues había algunas —por la magnitud de la inversión o debido a su composición técnica— que ellos no podían acometer aún. Y para eternizar la hegemonía de la burguesía nacional, se instituyó la “Ley de Lemas” o forma organizativa de las elecciones, según la cual, la tendencia preponderante en cada partido sumaba a su caudal político los votos de las demás. Así, cada una podía acudir a los comicios por separado, pero se mantenía la supremacía de los “industrialistas colorados”.

En México, la tiranía “científica” de los positivistas adeptos a Spencer —que reclamaban su enriquecimiento ilimitado— se atrincheraban detrás de Porfirio Díaz con el objetivo de transformar en sentido oligárquico la sociedad. Así, mientras la alta burguesía comercial y agro-exportadora tergiversaba las leyes de la Reforma para adueñarse de infinitos territorios “deslindados” en su favor, millones de campesinos sin tierra devengaban míseros jornales en las “haciendas nuevas”, o debían marchar a la construcción de una extensa red ferrocarrilera. Bajo el porfiriato también padecían cientos de miles de empobrecidos artesanos y mal pagados obreros, se quejaba un sector latifundista no beneficiado por el arrebato del suelo a los indígenas y protestaba la burguesía

nacional. Formada por intereses bancarios, industriales, agrícolas, comerciales y vinculada exclusivamente al mercado interno, ese grupo estaba muy afectado por la penetración de capitales y mercancías extranjeras. Tras estallar en 1910 la sublevación reclamada por Francisco Madero en su Plan de San Luis de Potosí, pronto se evidenció que el problema consistía en determinar cuál grupo, clase o coalición social emergería triunfante de la lucha.

Durante 1914 y 1915 parecía ganador —de ser posible— el campesinado que seguía a Pancho Villa y Emiliano Zapata. Pero de este año en adelante, los dueños de latifundios que no habían sido porfiristas y la burguesía nacional, aliados a los “batallones rojos”, derrotaron la insurgencia de los campesinos y abrieron el camino hacia el Congreso de Querétaro. En este, los grandes propietarios rurales encabezados por Venustiano Carranza se oponían a los cambios en la tenencia de la tierra. En contraste, los rancheros de Sonora y los industriales aliados con la pequeña burguesía, dirigidos por Álvaro Obregón, retomaban aspiraciones de obreros y campesinos para disminuir la inquietud social a la vez que ampliaban el mercado interno. Así podían enriquecerse y también dar trabajo a los desempleados. El campesinado, por su parte, anhelaba que en las transformaciones agrarias se preferenciara la propiedad colectiva —como en los viejos ejidos, pero modernizados— pues la experiencia “científica” del porfirismo les había enseñado que luego de los repartos individuales realizados por la Reforma Liberal, los minifundistas habían perdido sus parcelas con facilidad. Los proletarios, por la suya, deseaban mejorar su vida con mayores salarios y una protectora legislación laboral.

La Constitución de 1917 fue un compromiso entre los diversos intereses de quienes habían luchado a favor de la revolución, por lo tanto en ella finalmente: se prohibió el latifundio, se incluyeron derechos para los trabajadores, y se estableció la propiedad nacional del subsuelo, lo cual contravenía las inversiones de los grandes capitales extranjeros en la minería mexicana. Además en ese texto se plasmó, al parecer bajo la influencia de las concepciones de Augusto Comte —que dentro del positivismo planteaba priorizar el desarrollo social (educación y salud) y subordinar el individuo a la sociedad— la enseñanza generalizada y la supremacía de lo colectivo por encima de lo personal. De esta forma en México, donde hacía tiempo había concluido el ciclo revolucionario burgués, para transformar la nación hubo que recurrir a muchos de los antiguos preceptos jacobinos —muy adecuados al grado de desarrollo

que entonces en ese país tenían la burguesía nacional y los pequeño-burgueses— atemperados a los anhelos de quienes se proyectaban hacia el ciclo revolucionario orientado al socialismo, pero que aún no tenían la capacidad para iniciarlo. Se conformó así una constitución democrático-burguesa, agrarista y contraria al imperialismo, que tenía en cuenta las aspiraciones de los asalariados, por lo cual en su momento fue la más avanzada del mundo.

Asesinado Obregón, la revolución mexicana pasó a ser dirigida por la fracción rural de la coalición gobernante, cuyo mando sin embargo fue conmovido por la profundísima crisis cíclica internacional de 1929 a 1933. Esto facilitó que en las elecciones inmediatas a la referida depresión capitalista triunfara la candidatura del general Lázaro Cárdenas, auspiciado por los industriales y la pequeña burguesía urbana, deseosos de un fuerte entendimiento con los obreros y de profundizar la reforma de la tenencia de la tierra. De inmediato el nuevo presidente reunificó a los asalariados en la Central de Trabajadores y elevó su participación a casi un tercio de la renta nacional. Después emitió un Código Agrario que permitía expropiar las haciendas con alta inversión de capital, las cuales luego debían mantenerse como colectividades económicas indivisibles, y también gracias al cual en un sexenio cambiaron de propietario dieciocho millones de hectáreas. A la vez se impulsó un pujante capitalismo de Estado, que se nutrió de los monopolios extranjeros en los ferrocarriles y el petróleo. Al mismo tiempo se organizó el gubernamental Partido de la Revolución Mexicana, estructurado de manera corporativa en cuatro sectores: obrero, campesino, militar y popular (o burgués). Todos bajo el liderazgo de los industriales.

## **La crisis de 1929**

La crisis cíclica del capitalismo entre 1929 y 1933 afectó grandemente el comercio internacional y preparó las condiciones económicas para que en los países de América Latina, donde las burguesías nacionales tuvieran fuerza, pudiesen ocupar el poder al desplazar a los gobiernos agro-exportadores. Los grupos industriales, sin embargo, existían casi únicamente en el Sector II de la economía pues no poseían suficiente capital ni tecnología. Esto los obligaba a seguir dependiendo de las exportaciones para realizar su reproducción ampliada. Debían, por lo tanto, deshacer el sistema liberal para que el intercambio con el extranjero beneficiara mucho más al proceso industrializador. Y nada

mejor que controlar el comercio exterior. Además, la insuficiencia de capitales podía ser suplida mediante la participación del Estado en la actividad económica. Por último, se podían nacionalizar las inversiones foráneas para que dichos enclaves —mediante el capitalismo de Estado— se integraran a la economía del país. A la vez las masas populares serían calmadas con mejoras salariales, retiros, jubilaciones, ocho horas de trabajo, vacaciones, derecho a la maternidad, voto femenino, reivindicaciones que en su mayoría también incidían positivamente en la burguesía industrial, pues ampliaban la demanda solvente en el mercado interno. Todo se podía realizar por medio de una audaz política de nacionalismo populista.

## **Brasil**

En Brasil la burguesía nacional encabezada por Getulio Vargas se alió en 1930 con el “tenentismo” acéfalo, y comenzó una poderosa insurrección en Río Grande do Sul que al mes la llevó a ocupar el poder en la enorme república. De inmediato se retiraron a los gobiernos estatales sus privilegios, se clausuró el Congreso, se dictó una amplia amnistía, se otorgaron poderes de excepción a Vargas y se enviaron “interventores” en sustitución de los antiguos gobernadores en cada uno de los Estados federados. En Sao Paulo se comenzó incluso a vislumbrar la posibilidad de una reforma agraria. Pero la amenazada oligarquía paulista reaccionó con una violenta sublevación que dio inicio a una guerra civil de tres meses, hasta que derrotada militarmente en 1932, incondicionalmente se rindió. Entonces Vargas temió que la victoria abriese perspectivas revolucionarias al país, por lo cual buscó un entendimiento con los vencidos y relegó a la mayoría de los imprevisibles y heterogéneos “tenentistas”. Luego, según lo acordado, el Banco do Brasil adquirió la deuda externa paulista y se crearon instancias centralizadas para el café, el azúcar y el alcohol, el cacao, la hierba mate, el caucho. Todos los cultivos serían íntegramente comprados por la República, pero en moneda nacional. Se beneficiaba así a los agro-exportadores y a sus jornaleros en las plantaciones, pues estos no marcharían ya al desempleo. Por su parte el Estado captaría todas las divisas originadas por las ventas al extranjero, que más tarde inyectaría en la industrialización. El puntillazo al liberalismo fue la nueva Constitución de 1934: esta proclamó la nacionalización progresiva de las ramas claves de la economía

e introdujo (parcialmente) en el Congreso una representación corporativa de sindicatos, colegios de profesionales y asociaciones patronales. Al poco tiempo, sin embargo, una insurrección de izquierda (1935) —dirigida por Prestes— y otra de derecha (1938), aunque derrotadas, fortalecieron en Vargas los deseos de establecer un sistema más autoritario y muy centralista.

El llamado “Estado Novo”, dotado de una Constitución por completo corporativa, eliminó las autoridades estaduais, suprimió las aduanas internas y diseñó un poderoso capitalismo de Estado. Los famosos “entes” abarcaron las antiguas empresas nacionalizadas a extranjeros, y otras de formación nueva como las del acero, la energía, los transportes. Dicho impulso permitió que en 1940 los bienes de capital fuesen el 38 % de la producción fabril brasileña, incrementada a un ritmo de crecimiento superior al 10 % anual durante una década, gracias al trabajo de un proletariado industrial que englobaba a más de seiscientos mil obreros.

## **Argentina**

En Argentina, la dislocación del comercio internacional durante la Segunda Guerra Mundial propició la espontánea sustitución de las deficitarias importaciones. De tal forma que en poco tiempo la producción industrial sobrepasó a la agropecuaria en el Producto Interno Bruto, y el millón de obreros existente era una cifra mayor que la de peones o jornaleros rurales, en una sociedad cuya población urbana superaba el 60 % del total. Pero después de la batalla de Stalingrado se percibió el final de la gran contienda bélica, y se temió que el país sufriera una crisis semejante a la de la primera post-guerra, cuando durante el gobierno de Irigoyen regresaron baratas y abundantes las mercancías extranjeras, a una república que no se había preparado para ello. Y en ausencia de un partido capaz de ocupar el poder y tomar las medidas necesarias, la oficialidad nacionalista dio un golpe de Estado que en junio de 1943 desplazó a la oligarquía ganadera y cerealista liberal. De inmediato los militares disolvieron el Congreso, clausuraron diarios, intervinieron universidades, prohibieron los partidos políticos, detuvieron a sindicalistas. Después congelaron alquileres urbanos y arrendamientos rurales, establecieron aranceles proteccionistas, instituyeron el Banco Industrial. El equipo militar gobernante, sin embargo, no era homogéneo; una mayoría proclive a los métodos autoritarios se enfrentaba

a Juan Domingo Perón, quien lanzaba hacia las masas las consignas de justicia social e independencia económica. Hasta que en Octubre de 1945, con una intrascendente excusa, se arrestó a Perón.

Entonces sucedió lo imprevisto. Los “descamisados” u obreros recién sindicalizados por el “peronismo”, y los “cabecitas negras” o trabajadores procedentes del interior mestizo, se adueñaron de las calles de la capital el día 17 del propio mes, y exigieron que se les devolviera a su caudillo. Así se liberó a Perón.

Los dirigentes de la exitosa movilización popular constituyeron un Partido Laborista, decidido a nuclear “obrerros, empleados, campesinos, profesionales, pequeños comerciantes e industriales”. Después le ofrecieron la candidatura presidencial a Perón, con el compromiso de cumplir una plataforma programática ya establecida, y que se sintetizaba en diez puntos cuyos acápites más importantes eran: capitalismo de Estado, impulsar a los industriales y defender a los pequeños propietarios, beneficiar al proletariado, liquidar la alta burguesía latifundista agro-exportadora así como las inversiones foráneas.

Hábil político, después de ser electo en febrero de 1946, Perón disolvió el laborismo y creó su propio partido —el justicialista— que adoptó la propuesta laborista pero sin la reforma agraria; solo entregó un millón de hectáreas de tierra a los cincuenta mil chacreros que pagaban rentas en dinero a los terratenientes. Después estatizó el Banco Central; creó el Instituto Argentino de Promoción e Intercambio —dedicado a controlar el comercio exterior— nacionalizó los ferrocarriles y el transporte, así como los elevadores de grano, los puertos y los teléfonos; fundó las aerolíneas argentinas y fortaleció la flota mercante. A la vez elevó al 60 % la participación de los salarios de los trabajadores en el Producto Bruto nacional. Todo pareció funcionar bien durante varios años. Hasta que la exclusión de Argentina por Estados Unidos del Plan Marshall, provocó la caída del precio de sus exportaciones agropecuarias en el mercado mundial. Dispuesto a encontrar nuevas posibilidades, a finales de 1953 Perón firmó con la Unión Soviética un importante convenio comercial, que a los veinticuatro meses absorbía ya el 9 % del intercambio foráneo argentino. También se pensó en tratados de unión económica con las Repúblicas vecinas. Y en desarrollar las fábricas de medios de producción. Pero no había tecnología ni financiamiento, y mucho menos tiempo, en un país donde la aparente paz social rápidamente se trocaba en agudas pugnas políticas y fuertes luchas callejeras. Además la reciente y contigua Revolución Boliviana atraía demasiado a mucha

gente. Situado en 1955 entre las demandas para que claudicase ante sus enemigos y las crecientes posibilidades de realizar una profunda transformación de la sociedad, Perón no escogió y permitió que lo derribasen.

### **Ascenso revolucionario**

Ernesto Guevara fue uno de los argentinos atraídos por la vecina Revolución Boliviana, iniciada el 9 de abril de 1952 mediante una gran insurrección de mineros, que derrotó al ejército profesional y después entregó el poder a un partido pequeño-burgués llamado Movimiento Nacionalista Revolucionario. Luego se elevaron los salarios, se nacionalizó la gran minería, se realizó una reforma agraria minifundista que emancipó a siervos y aparceros, se formó un solo sindicato en cada empresa y una central única obrera en el país, se crearon milicias obreras y campesinas, se oficializaron el quechua y el aymará, y se detuvo el cambio revolucionario; este, falto de una dirección capaz, decidida y firme, incluso comenzó a dar marcha atrás. La cúspide del MNR, deseosa de convertirse en burguesía propiamente dicha, buscó el entendimiento con Estados Unidos, les entregó parte del petróleo nacionalizado hacia más de tres lustros y de ellos recibió una subvención anual equivalente al 40 % de los gastos del presupuesto boliviano. Esta repudiable conducta repugnó al joven médico argentino, quien entonces marchó a Guatemala, donde se iniciaba otro esperanzador proceso revolucionario; bajo la presidencia del coronel Jacobo Arbenz se había promulgado una reforma agraria que entregaba todas las tierras no cultivadas a los campesinos, por lo cual decenas de miles de hectáreas fueron expropiadas a la United Fruit Company, que las había monopolizado sin ponerlas en producción. Después el gobierno intervino la ferrocarrilera Internacional Railways of Central América así como la Electric Bond and Share Company, dictó un rígido código petrolero, y retomó la posesión de los puertos de Champerico y San José, hasta entonces en manos de la Grace Line Company. ¡Eran demasiadas afrentas a los intereses de Estados Unidos! De inmediato la Agencia Central de Inteligencia organizó una invasión contrarrevolucionaria para derrocar en junio de 1954 al gobierno popular, que había exclusivamente confiado su defensa al ejército burgués, cuyas filas no habían sido depuradas o metamorfoseadas en lo absoluto. Ante la agresión proveniente del extranjero, las tradicionales fuerzas armadas cayeron

en el inmovilismo, para luego decidirse por la traición. Casi de inmediato empezó la cacería de revolucionarios, mientras a los extranjeros se les expulsó.

Fidel Castro, descollante líder estudiantil en la Universidad de La Habana, se enroló como soldado en la expedición que centenares de revolucionarios latinoamericanos exiliados en Cuba, preparaban en 1947 contra los sátrapas de Nicaragua y República Dominicana. Sin desalentarse por el fracaso de aquella empresa, al poco tiempo el joven universitario convocó a los representantes del estudiantado de América Latina a reunirse en Bogotá, para protestar contra la proyectada inauguración allí de la flamante Organización de Estados Americanos. La figura cimera del gran cónclave juvenil sería el carismático dirigente de la izquierda del Partido Liberal, Jorge Eliecer Gaitán, conocido por la extraordinaria atracción ejercida por sus discursos. Nadie sabía entonces que no mucho antes de la magna cita estudiantil, Gaitán sería asesinado. Era el 9 de abril de 1948.

El “bogotazo” fue la espontánea y violentísima respuesta popular al crimen, y entró en la historia como símbolo de la furia ciega y desesperación de las masas, no conducidas por una vanguardia política hacia la revolución; los choques armados se convirtieron en feroces enfrentamientos por simples cuestiones de rótulos, sin poner en verdadero peligro la esencia de los intereses de quienes eran ricos y poderosos. El Partido Comunista, que esgrimía la política de “autodefensa de las masas”, se esforzaba sin mucho éxito por convertir a las guerrillas en una fuerza coherente y decisiva contra el gubernamental Partido Conservador. Hasta que la inaudita e irracional violencia puso en jaque al bipartidista sistema oligárquico de Colombia. Fue el golpe de Estado militar de junio de 1953 el que revitalizó al capitalismo en ese país; la dictadura personal del general Gustavo Rojas Pinillas anunció el final del salvajismo fratricida bajo el manto del apartidismo, lo cual resultaba muy atractivo para la agobiada población. Entonces miles de alzados se desmovilizaron. Menos los comunistas, quienes desde las montañas pronto vieron el sistemático asesinato —por bandas paramilitares— de cientos de los que habían depuesto las armas. Después esos tenaces y esforzados revolucionarios se replegaron hacia el Sur, donde se atrincheraron y dieron vida a lo que la propaganda oficialista calificaba de “Repúblicas Independientes Comunistas” de Marquetalia, Río Chiquito, El Pato y Guayabero, las cuales en realidad solo eran territorios insurgentes que sobrevivían aislados en una situación de tregua armada.

## Cuba

En Cuba, el golpe de Estado militar de 1952 proyectó a Fidel Castro al primer plano de la vida del país, pues los partidos tradicionales se amilanaron ante lo sucedido a tres escasos meses de las anunciadas elecciones generales; en esas circunstancias fue la vanguardia de la llamada “Generación del Centenario” —del nacimiento de Martí— que dirigida por Fidel —ya abogado— se lanzó al ataque del Cuartel Moncada en la principal ciudad de la región oriental. Fue el 26 de Julio de 1953, en Santiago. La sangrienta derrota condujo a Fidel Castro a la prisión, desde la cual dio a conocer su autodefensa conocida como “La historia me absolverá”. Pronto el alegato se hizo famoso y se convirtió en trascendente manifiesto político que denunciaba los males de la pseudo-república —como se le denominaba, por el predominio que los Estados Unidos ejercían sobre ella— y cuya población exigía que se liberase al prominente encarcelado. El ilegal y tiránico gobierno finalmente optó por forzarlo al exilio en México, donde el irreductible rebelde se dedicó a organizar una expedición armada que lo retornase a Cuba. Se encontraba en esos trajines cuando conoció a Ernesto Guevara, recién expulsado de Guatemala. Fidel lo sumó a su grupo revolucionario y en el yate Granma zarparon hacia Cuba, donde al desembarcar sufrieron una serie de reveses que prácticamente los aniquiló. Pero al poco tiempo los escasos sobrevivientes empezaron a engrosar sus filas con campesinos pobres de la Sierra Maestra, además de los refuerzos que se les enviaban desde las ciudades por el clandestino y creciente Movimiento Veintiséis de Julio. Se pudo así desarrollar una guerra de dos años, en los cuales el Ejército Rebelde venció por completo al de la tiranía, lo cual condujo al triunfo de la Revolución Cubana.

## Conclusiones

La extraordinaria victoria de Fidel Castro significó un gigantesco salto en la historia de América Latina, puesto que situó a Cuba —y por ende al subcontinente— en los umbrales de la verdadera independencia y de la ruta al socialismo.

La Revolución Cubana en realidad heredaba las inmensurables tradiciones de lucha latinoamericanas por alcanzar —cada cual en su tiempo y contexto— las mejores sociedades posibles. El camino había sido jalonado por una

sucesión de teorías filosóficas, escuelas económicas y prácticas políticas, que fueron conformando una innovadora y poderosa ideología revolucionaria autóctona con la cual enfrentar de manera creadora nuestras realidades, para transformarlas; en aproximadamente siglo y medio, se había combatido por: emancipar las colonias, secularizar las propiedades de la Iglesia, alcanzar la libertad individual de todos, implantar regímenes republicanos, proteger las economías nacionales, impulsar la industrialización, repartir tierras, establecer legislaciones democráticas, brindar igualdad de derechos a los seres humanos. Según los casos, se habían logrado unos éxitos u otros. A veces parciales o temporales, seguidos de retrocesos o deformaciones. Nunca, sin embargo, se había desembocado en una posibilidad como la inaugurada por Cuba en 1959, susceptible de liberar con equidad a todas las personas, independientemente de su género, etnia, credo o pertenencia social.

El ejemplo cubano de inmediato inspiró a muchos latinoamericanos, que impetuosos se lanzaron a batallar por un sistema parecido. Pero el imperialismo y las oligarquías criollas enseguida respondieron con incesantes empeños por sofocar en el subcontinente los renovados embates libertadores, y liquidar en la heroica isla caribeña la revolución. Empezaba así otro medio siglo de cruentas luchas.

#### Notas

<sup>1</sup> Adam Smith: Citado en Carlos Marx: *Historia Crítica de la teoría de la plusvalía*. Ediciones Vencemos, T. I, p. 806.